

Renacen en el Siglo XV Adán y Eva



El conde, lleno de respeto como todos los socios, por la profunda ciencia del Viterbese, no osaba interrogarlo, y esperaba con impaciencia la primera de sus palabras para recibirla religiosamente.

por BERNARDO HAEDO

A la hora convenida, los dos adeptos saltaron en el bote, y el viento los empujó rápidamente hacia la isla.

sin avanzar un paso, temerosos de que aquella imagen, cuya vista les daba tanto placer, tanto terror y tanta sorpresa al mismo tiempo, desapareciera para siempre.

flores que se ponía entre los cabellos, y así adornada se mostraba a Raggio triunfalmente.

Entonces el adepto de Viterbo abrió una puerta secreta, entró furtivamente en el jardín, y desanudando un largo puñal, hirió tres veces a los dos jóvenes; luego hundió el arma en su propio pecho.

HUBO un momento en la vida de Europa en que el hombre no dudó de nada. El mundo, saliendo pensosamente de las tinieblas de la Edad Media, fue asombrado por una serie de descubrimientos maravillosos.

infalible, que quema el papel en que se escribe o los labios que lo pronuncian.

La ceremonia de la iniciación no era siempre la misma; algunos veces se colocaba al futuro adepto de noche, sobre un pedestal de granito que dominaba la cascada del Righi; le ordenaban que no se moviese, sucediera lo que sucediera.

gozar a sus cofrades del triunfo de su experimento. Pero lo más difícil estaba hecho; lo demás no era sino un juego de niños.

dicho, estaban separados; sin embargo despertaban a la misma hora, jugaban con las flores de los prados, imitaban el canto de los pajaritos, y se sumergían en las piletas cuya frescura matinal los hacía estremecer y reír a carcajadas.



ULTIMA AVENTURA DE LAZARO RAMOS

ES la noche terrible que se apodera de las almas al menor descuido, destrozado, herido, con coágulos de sangre en la boca, Lázaro Ramos, único sobreviviente de la fragata "Santa María del Perdon", hace un terrible esfuerzo, y lanza un grito. Es un angustioso llamado, un aullido de desesperación.

Pero en la colonia de Santa Ana todo es inútil. Puede gritar hasta el cansancio. Nadie lo oíría. Y aunque los pobladores anteriores, su clamor, lo dejarían abandonado sobre esa tierra fría, eternamente sola, en Santa Ana no se cubren la feroz pitalidad. Los hombres son huraños, recelosos, inhumanos. Las mujeres viven sometidas a la dura esclavitud de esos hogares primitivos. Temen a sus hombres. Allí no hay nada más que tierra, rocas, el mar, el cielo. La tierra es hostil, las rocas desnudas tienen una blanca claridad, el mar implacable domina esas vidas con su misteriosa amenaza, el cielo perpetuamente liso tiene un brillo tajante.

Lázaro Ramos está allí, bajo la frialdad de las estrellas. Siente dolor, hambre. Una onda de frío penetra a pesar de la fiebre; sus ojos ven restos de sombra, unas blancas estrellas y un cielo pálido que sobre él descende. En su delirio se siente rodeado de laminadas claridades, de islas errantes y aguas voraces, de rostros amigos que ya no verá más. En su delirio oye la voz del capitán de la "Santa María del Perdon", el balbuceo de la madre, en la lejana tierra; la última palabra emocionada de Guillermo Rose:

—¡Hermano!

Los trozos de mástil le habían servido de asidero. Dos trozos de mástil, unidos en cruz, que las aguas llevaron con rumbo incierto. Oyó los gritos de sus compañeros; después, entre el impacto de las corrientes, aferrado a las tablas, erigió en su último momento. Pudo decir unas palabras de plegaria.

Pero con la primera luz comprendió que estaba salvado. Vio tierra. Sintió la tierra.

Amanece. Una pequeña claridad nace en el mar, se extiende sobre las aguas; una lenta luz descendiente del cielo, un tenue fulgor se desliza por las rocas.

En Santa Ana sólo viven pescadores y una miserable tribu de yaganas. Ellos lo miran con recelo, como a un enemigo, y se alejan.

Hay una súplica en los ojos de Lázaro. Pero nadie entiende de piedad. Sin embargo, un pescador lo cubre con un cuero de guanaco. Allí habrá de quedarse hasta que muera.

Es en el ocaso, cuando una tristeza horrible cae y los huallas gritan anunciando la noche. Ana Larsen, acompañada de uno de los indios yaganas y de su perro, está al lado de Lázaro. Él tendrá un refugio. Los cuatro tablas de la casa de Ana Larsen le servirán de abrigo contra el frío blanco y la noche despiadada.

La casa es baja y espaciosa. Hay un fuego apagado, una cama de cueros de carnero, una manta hecha con plumas de pájaro, pieles de guanaco, pieles de lobo marino, canastas de junco, jarros de madera, sacos de tripa de pescado.

Pronto en la hornalla de piedra brilla un fuego y hay una llama que da bienestar y calma. Lázaro siente el calor del fuego y nace en su espíritu una alegría infinita. Siente las manos tibias de Ana sobre su frente. Ve unos ojos claros y tristes. Oye unas palabras que no comprende y se hunde lentamente en el sueño.

Fueron días de penoso delirio.

—He visto pájaros y maderas... perdidos... estrellados... navios... sepultados en el Estrecho...

Daba un grito y Ana trataba de reanimarlo para que Lázaro volviese a la realidad; para reactivar aquel cuerpo de la muerte. Así, por sus palabras entrecortadas, conoció su historia. Así supo todo lo que había sufrido.

El "Santa María del Perdon" era un viejo buque que hacía la carrera de las Indias: el Océano, el Estrecho de Magallanes, el Pacífico. Había sido construido para pontón, pero fue armado en guerra y cargado de aparejos y pertrechos militares, de faros y mercaderías de toda especie. La tripulación estaba compuesta de hombres canchales y abatidos, de soldados inválidos, de marineros gastados en la navegación de los mares de las Indias.

Fue al entrar al Estrecho cuando estalló la epidemia. Todos tenían la piel terrosa y seca, dolores fulminantes, derrames sanguíneos y un surco de sangre en los labios. Sólo hubo muertes, muertes.

En el Golfo de las Penas un recio temporal despedazó el velamen, rompió obenques, tumbó la mure a babos. Fracaso y nada más que fracaso. Fueron arrojados al mar sesenta hombres en una semana. Hubo un motín al doblar el Archipiélago del Cuervo. La lucha fue sangrienta y los cabeceles fueron colgados de los obenques del mesana. A la altura del Cerro Monte Miseria, la variación vertiginosa de los vientos hizo que la marejada rompiera las cadenas de vigotas. Los botes fueron destrozados por el huracán del Oeste. Tuvieron que suplir la pérdida del palo de mesana con botales de las rastreras, pero esto y el temblendo de las jarcias —alivio pasajero— los obligaron a desprenderse del ancla de proa. Las olas barrián continuamente la cubierta. Muchos hombres desaparecieron tragados por el mar. Navegaban hacia las Islas Desventuradas. La tripulación pidió que se pusiera proa hacia el Oeste, pero el capitán persistió en seguir derechamente rumbo a las islas. Estalló otro motín. El capitán fué asesinado.



En ese día rompense los estribos que afianzaban los stays de proa y cae el palo de trinquete. Fatigas. Enfermedades. Pasó tiempo antes de que volviera a drizarlo.

En vano intentaron dirigirse hacia el Sur, apartándose de las costas, pero ya era tarde. Un furioso huracán los arrojó sobre las rocas. El contramaestre gritaba como un loco. Tenía la manía de matar. Tuvieron que matarlo.

Los marineros, ya sin esperanza, se embriagaban para no sentir la muerte. En esa noche pavorosa, algunos, los más serenos, trataron de largar las gaviotas para apartarse de la costa, pero el viento las arancó violentamente.

El buque encalló, un nuevo choque lo tumbó de costado, las olas comenzaron a barrerlo. Se oyeron gritos de alerta. Los enfermos en el último grado del escombuto, se ahogaron, sin un grito.

por
González Trillo y Ortiz Behety
Ilustraciones de Rechain



to. Golpes, olas que estallaban, y una monstruosa marejada que hizo de "Santa María del Perdon" una cosa débil e indefensa. El timonel no abandonó su puesto. Murió allí. Lázaro vio la última sonrisa destrozada de Guillermo Rose:

—¡Hermano!

La noche caía sobre Lázaro, martirizándolo con su sombra densa y su enorme silencio. Se sentía agrado por el recuerdo implacable. Veía los rostros sufridos de sus compañeros —ojos desesperados, bocas contraídas— y un sufrimiento más atroz que el de aquellos momentos que había vivido se apoderaba de él y despertaba en un grito de angustia.

Pero Ana Larsen estaba allí para consolarlo, para animarlo con sus palabras tan impregnadas de emoción que parecían extrañas en aquellos lugares donde no había nada cordial ni piadoso. Sólo ella, sólo sus ojos claros, su balbuceo, su leve sonrisa.

Estaba allí, ante él, custodiando aquella vida desconocida, sobre la cual creía, a veces, ver descender la muerte.

Tenía el presentimiento doloroso de que la muerte estaba cerca y sus manos temblaban al tocar las sienes afebradas de Lázaro.

La vida en Santa Ana no cambia nunca. De día, la pesca de focas. De noche, cuando la luz de las estrellas descende sobre el mar, salen los hombres en sus canoas. El peligro acecha por todas partes, pero las vidas allí no valen nada. Es necesario obtener buena pesca. Las corrientes del estrecho son traicioneras, y muchas veces devuelven a la aldea tablas rotas, restos de velámenes y cadáveres comidos por los peces.

Van hacia el Cabo de Barreras Blancas. Llevan antorchas de abedul que agitan en la sombra. Van hacia allí donde duermen pájaros blancos, que caen sobre las tablas de las canoas, ennegrecidos por la luz de las antorchas.

Y en la tierra, en la profunda de la noche, se sienten los gritos de la india, sus cantos monótonos, sus agudos gemidos. Los yaganas se reúnen alrededor de las hogueras. Invocan a sus dioses de madera, de piedra y de barro, a los que ofrendan su dolor y su sangre. Los gritos y los cantos se entremezclan con los aullidos, bakan furiosamente, llevan encendidos tizones a la boca, y se hieren con afiladas piedras y con tajantes conchas de marisco. El olor de la sangre los ennegrece, arrojan espuma por la boca. El clamor de la tribu es un impresionante grito de animales salvajes.

En la alta noche Ana Larsen vela. Oye esos aullidos que llegan en confuso rumor y le traen recuerdos de su pasada vida, de los días en que su padre volvía taciturno de la pesca, los días en que sentía la paz de aquella vida simple, y sobre todo, de aquella mañana en que lo encontró muerto. La mañana era helada, el viento cortante y el sol un disco pálido en el horizonte lejísimo.

Su vida fue desde entonces una cosa sin sentido, pobre y doliente. Sintió el vacío de su soledad, pero no quiso abandonar aquella cabaña donde había un recuerdo en cada cosa.

Sintió miedo. Sus días de duda y de vacilación fueron una espesa neblina de ensueño y de sucia realidad.

Ahora mira el rostro de Lázaro. Oye su queja, sus palabras tan débiles. Está tendido en el camastro y la luz retorcida y gimiente de la lámpara da a su rostro un poco de tristeza. En la calma de la noche Lázaro la llama. Necesita su mirada clara, sus manos tibias.

—¡Vivir así! ¡Vivir así!... —dice Lázaro amargamente.

—¿Hay que esperar.

—¿Qué?

—Algo.

—Si no hay esperanza... Se que moriré... ¡Y lo que sufrí! Las miserias que tuve que aguantar... el hambre... el frío... pero ahora... ahora no quisiera morir...

Aprieta las tibias manos de Ana, la mira en silencio. Después, cuando él duerme, ella llora amargamente.

El otoño entre los abetos. Una luz grave cae sobre los árboles de tronco blanco y hojas pequeñas que tiemblan. Una lenta melancolía en los días misteriosos y profundos. Y siempre lo mismo, la misma soledad, el mismo silencio, la misma queja de Lázaro.

Soledad. Silencio. Y Ana Larsen siempre con el miedo de encontrarlo muerto. Vida de todos los días, simple como la tierra. El amanecer blanco. El frío corta las manos y la cara. Los ponchos no bastan. El agua está helada. Sólo se está bien al lado del fogón negro. La leña que cruje. El chisporroteo. Una pequeña llama y el humo que se eleva. Se calientan las manos en el fuego. Después Ana Larsen sale. El se queda solo. El día comienza así.

El cielo en lo alto, amenazante; abajo la tierra blanca. Un viento helado golpea en la puerta de madera, las carcomidas tablas.

Lázaro está con los ojos abiertos. Ana le aprieta las manos con dulzura.

Es mediodía. Sigue soplando un viento helado. El sol ya no se ve.

Lázaro llama lentamente:

—Ana. Ana.

Su voz es angustiosa. Ve unos ojos claros, una sonrisa triste. Después una sombra fría, final. Ana Larsen siente la terrible soledad.



El Destino Burlado

—DÍGAME, ¿usted cree en el Destino? No sé que se sonríe. ¿Por qué? Le parece infantil mi pregunta. Yo quisiera que la contestara categóricamente: ¿Cree o no cree? Bueno, importa poco. No he de insistir. Su indiferencia o su reserva, me van a ser útiles y deseo aprovecharlas en el extraño caso que puntualmente le voy a relatar. Es el de mi amigo Primitivo Roite, como ya falleció puede contarle a usted toda la vida de él, que aunque vulgar en los detalles tiene, abarcada panorámicamente, un gran interés para mi duda y para su indiferencia sobre el Destino.

Yo le voy a contar el caso. Usted me ayudará después a resolverlo. Atención, amigo:

Cómo se inició en las actividades científicas se lo diré después, pero es el caso que yo lo conocí ya colaborador del doctor Luercio. Creo honesto declarar que yo concurría al consultorio de aquel médico y mientras aguardaba turno para la consulta, el finado conversaba. Me conversaba. Era locuaz. Sí, muy locuaz. Ahora le voy a enterar de lo que yo oía.

Me dijo un día lunes:

—El maestro de mi escuela, no conservo más que dos recuerdos. Uno interno y otro externo. Los dos en la cabeza y contemporáneos a la época en que aprendí a leer. Por fuera, los cincuenta o sesenta pescozones que me atizara con el puntero.

Por dentro, el deleite de esta palabra, más que leída sobre la cartilla, recitada por sabida de memoria: "pe a, PA; jota a, JA; ere i, RI; te o, TO; y que yo, por una razón que no me explico, leía: "Parjito".

Este inconveniente, grave inconveniente, en la lectura al que luego se unían otros más en la clase de aritmética (3 por 2 muchas veces fueron cuatro o seis para mí) fueron la causa de los pescozones. Fue entonces, continuó mi amigo, que el señor Lúca — mi maestro — tanteando como un Jupiter, me asestó esta profecía definitiva, juntamente con un puntero:

—Tu, nunca será nada. ¡Eres muy, pero muy pollino! Aquí terminó nuestra conversación. Me tocaba el turno de la consulta.

Al miércoles siguiente, mi amigo continuó su charla. Decididamente me había tomado para confidente de sus desahogos. Y empezó:

—¡Recuerdo en donde quedamos! los lunes, antes de ayer? Sí, — le respondí. — No quedamos en que usted era un pollino? Orientado, retomó el hilo:

—Pues esa maldición pedagógica fué y es mi constante preocupación. Cada día que pasa yo la compruebo en constante cumplimiento y eso me mortifica. Me achata. Fíjese, escuche, que continúo:

Mis padres eran dos, mis hermanos eran siete y nuestras necesidades, diez. Yo, por ejemplo, nací con un apetito bárbaro y tuve que abandonar el estudio para acudir a ella y a todas las otras de mi familia. Esto me causó profundo dolor. El maestro veía así cumplida su profecía. Por otra parte mi gran pasión es la de ser ilustrado.

Usted no sabe con qué carino, con qué ternura, desempolvé los "tráites, considerations, essais y discours" que son los libros en que el doctor, mi señor y patron, estudia. A veces, también los hojeo. Mi afán es desmentir al maestro aquel que vive. Pero esos libros, es una lástima, están en francés, lo que me impide leerlos del todo...

Interrumpiéndome bruscamente el relato me preguntó a boca de jarro:

—¿Usted sabe francés?

Como le contestara negativamente, agregó con cierto atisbo de superioridad:

—Pese a todo, no es lengua difícil. Y sino vea. Yo sé, sin que nadie me lo haya dicho ni enseñado que "chirurgie" quiere decir cirugía; "cientifique", científico; "tráites", tratados, etc. Dígame, señor, ¿no le parece que yo tengo facilidad para aprender el francés?

Había tal candorosa ingenuidad en su pregunta que asentí conmovido hasta las lágrimas.

—Oh, sí, mucha facilidad!

Y prosiguió:

—Ya ve, entonces, cómo he de truncar mis estudios. Le decía que mi pobreza me impidió ser hombre ilustrado, y es cierto. Más crecido, como mi necesidad también aumentara, tuve que emigrar. Abandonar mi tierra. Erróneamente, pensé que ella con toda su riqueza era incapaz de mantenerme y así esa hambre antipatriótica me extendió terminante orden de destierro. Pero como le dije, fué equivocadamente, porque, sepa usted, ¡como mi tierra, no hay tierra!

Puso tal calor en esta última afirmación que me felicité de no haberle manifestado lo contrario.

—Segundo, Segundo! — gritó el médico desde dentro del consultorio y a su llamado, Roite abandonó la conversación y me dejó solo. Entré a revisarme y el final, quedé para la próxima visita.

Ya estoy en ella y conmigo, ya está, asimismo, Roite, contando su vida. En fin, yo creo que esta tarde ha de terminar su relato. Comencé así:

De recién llegado, tenté varias ocupaciones. Fué peón de almacén. De un colmado, como le decimos, allá. A los siete años, me establecí con negocio; pero con tan mala suerte que tuve que errarlo. Allí perdí todos mis ahorros. De nuevo me puse a trabajar, echándome la cuenta que había nacido otra vez. Sin un centavo y lleno de necesidades, era hijo recién nacido, de mis mismos padres anteriores.

Para que esta situación fuera más exacta recordaba aquellas palabras del señor Lúca, las cuales, naturalmente, me irritaban pues palabra su certeza:

—Tu, nunca será nada. ¡Eres muy, pero muy pollino. Y llegué hasta decirme: ¡Acaso yo no sabía ya sumar y leer! ¡No había corregido mi pronunciación defectuosa!

Al fin vine a servir al doctor. Ya van para quince años, pues cabales le serán el 29 del mes que viene. Y si aprendí, durante este tiempo. Sin jactancia, me considero un gran ayudante. Dar inyecciones, preparar las gasas, desinfectar agujas, tenacillas, todos esos menesteres que tienen su importancia desde que él me los manda hacer, los llevo a cabo perfectamente.

Me es muy veces he pensado que había conseguido alejarme la preocupación de las palabras del maestro. Estoy seguro que, al fin, me encuentro donde debo estar: Abolió como peón al poco tiempo ya no es patrón. Fracasa. Descorazonado, por sus descabros que le recuerdan una frase lapidaria de su maestro la que comprueba en fatal cumplimiento, llega hasta lo del doctor Luercio. Se conchava allí. Malgrado su rudeza, es útil, aprende, ahorra y al fin, consigue una muerte noble, bella. Igualita a la de un mártir de la ciencia... Tanto que hasta los diarios hablan de él...

Pero, ¿qué me calló? Falta el detalle principal. Recuerdo ahora que una vez, mi difunto amigo me dijo:

—Señaló, señor. Yo, no soy un homónimo del doctor. O tocayo, como se dice aquí. Cuando entré a trabajar con él, me impuso la condición de que me buscara otro nombre, porque le molestaba llamarme por el mío verdadero que también era el de él. Y yo, por tal de tener ocupación, me hice llamar Segundo...

—No le parece a usted, amigo, que Primitivo Roite, no fué nada raro un pollino?

JUAN EDUARDO ROMERO

AMISOS DE MUERTE

LA premonición es el capítulo más apasionante, más incomprensible, y por eso mismo el más interesante de la ciencia que se ha llamado metafísica. La palabra premonición significa el conocimiento del porvenir por medio de vías que no son las vías sensoriales comunes, por intuiciones que no dependen de la perspicacia ni del razonamiento, ni de la lógica. Daremos algunos casos muy interesantes de premoniciones de muerte:

1

El señor Dencausse, de 76 años de edad, anuncia en mayo de 1916, a pesar de su buena salud, que morirá antes del invierno. El 24 de octubre dice conocer la fecha de su muerte y que ésta tendría lugar el día de "Todos los Santos". El 28 de octubre, Geley llamado para atenderlo, no lo encuentra más que una ligera bronquitis. Pero Dencausse le declara que morirá el día de Todos los Santos, a la media noche en punto, sin sufrimiento ni agonía.

El lunes 30, todo iba bien. Pero el martes 31, una neumonía se manifiesta con fiebre. El 1.º de noviembre, Dencausse estaba más débil, pero podía hablar y hacer sus últimas recomendaciones. Hacía las 11.30 pregunta a su mujer: "¿Qué hora es?" Para tranquilizarlo, la señora Dencausse dice: "Las dos de la mañana". El enfermo responde: "¡No! No es medianoche; a medianoche moriré".

A medianoche se dió vuelta, dando cara a la pared. Se aproximaron a él. En ese preciso momento sonó la primer campanada de las doce. Sin hablar, Dencausse levantó la mano, señalando con el dedo el reloj; pero la mano volvió a caer sobre el pecho. Dencausse acababa de morir sin exhalar un suspiro.

2

La señora Bourges, mujer de un capitán, cuenta que siendo niña (nueve o diez años) vió de pronto en el momento que iba a salir de paseo, un catafalco negro rodeado de cirios y un cadáver extendido inmóvil sobre el catafalco. Enloquecida se puso a llorar y gritar, diciendo: "¡Mamá, alguien ha muerto!" Cayó enferma de miedo. Tres días después, su padre era atacado por una súbita indisposición y miró a su hija con un aire tan extraño que ésta dijo: "Mamá, cuando uno debe morir, ¿cómo mira? Algunos instantes después, el padre de la señora Bourges había muerto.

3

Mis Germaine de Roberck fué llamada por su hermana a Bloemfontaine (Transvaal). Antes de su partida, soñó que veía un hombre joven que, apretándole la mano, le dijo: "Estoy solo en el mundo, perdido en este lejano país. Hágame compañía para hacer nuestro camino juntos". Miss Germaine cuenta que en seguida de oír esta frase se fue junto al joven y llegaban a un ómnibus en el cual ésta subía y que estaba ocupado nada más que por parientes y amigos muertos de Miss Germaine. Cuando llegó a Bloemfontaine, encontró a un hombre joven que reconoció ser el mismo del sueño. Se comprometieron y él le dijo al partir para incorporarse al ejército: "Estoy solo en el mundo, perdido en este lejano país. Escríbame algunas veces". Cuando se separaron, Miss Germaine sintió que no debían volverse a ver jamás y le dijo a su novio, poniéndole un dedo sobre el pecho: "Es aquí donde usted será alcanzado".

Cayó en una batalla, al año siguiente. Una bala le atravesó el corazón.

4

La señora Campbell, sueña que se encuentra en un entierro mientras una violenta ráfaga de nieve le impide leer el nombre grabado en el féretro. Percibe flores en abundancia y, en el centro, un gran ramo de rosas. Cuenta su sueño. Se le dice que eso será sin duda el anuncio de una mala noticia. Veinte minutos después recibía un telegrama que la llamaba a Montreal, donde una hermana suya había caído gravemente enferma.

Algunos meses después (ocho, más o menos) moría la hermana de la señora Campbell. Se la enterró en medio de una violenta tormenta de nieve. Flores en abundancia y en el centro un gran ramo de rosas.

5

En sueños, el señor Nolte ve a su sobrina Elena, nieta de seis años, aplastada por un tranvía. Cuenta su sueño y recomienda una prudente vigilancia.

Podemos escapar a nuestro destino? El mismo día, a las 17.30, la pequeña Elena, al atravesar la calle, es atropellada y muerta por un tranvía.

6

Una premonición de Cassandra (Mme. Fray): A una dama extranjera le dice que ve una escena terrible, un arma, gritos, sangre. La dama se retira furiosa, sin pagar la consulta. A los pocos días de esto vuelve como aniquilada, cae de rodillas delante de Cassandra, le pide perdón: "Usted tiene un poder sobrenatural, don Carlos ha muerto asesinado". Era la querida del rey don Carlos de Portugal.

7

El caso de Vaschide, psicólogo distinguido y escritor original, es de los más curiosos. Dijo en su libro sobre la psicología de la mano que, aunque Mme. Frayá hubiera hecho profecías admirables (que él conocía), sin embargo era necesario reirse de la inocente credulidad del público en las conjeturas de las adivinas.

Pero hay fatalidades extrañas. Vaschide, aunque había negado las premoniciones, suministró él mismo un trágico ejemplo. En 1906, una gitana de Rumania le había predicho que moriría el año siguiente y, en 1904, Mme. Frayá, en presencia de la condesa de Noailles, le había anunciado que moriría a los 33 años, de una neumonía.

Y he aquí que Vaschide, que hasta poco antes gozaba de una buena salud, murió de una neumonía, el 13 de octubre de 1907.

Los hechos de premonición que dejo aquí anotados, han sufrido una rigurosa verificación. Entrañan la convicción de personas de probada buena fe. A decir verdad, yo no apporto ninguna teoría nueva. Fiel a mis tradiciones y a mi deber de fisiólogo, me ocupé más de los hechos que de las doctrinas, porque todas las doctrinas me parecen bien frías, mientras que los hechos son numerosos, positivos, incontestables. Dr. CHARLES RICHEL

EL FRÍO DELIRIO DE LAUTREAMONT

HACIA tres años que Oribe, después de derrotar a Rivera en Arroyo Grande, se había venido al tranquilo liviano, hasta el Cerrito de la Victoria, poniendo un moderado sitio a Montevideo, cuando nació el normal Isidoro Ducasse, después fantástico conde de Lautréamont. La voluntad de Rozas había querido que sus colorados de la otra orilla — los blancos — a pesar de sus tres mil cuatrocientos hombres, treinta y cinco piezas de artillería y apoyo acuéutico de los barquitos de Brown, no se excedieran en la pelea. Medida política destinada a mantener latente el sentimiento de que la tierra de enfrente era también argentina, no convenía darle carácter muy ejecutivo, a lo menos, mientras ese sentimiento no pudiera ser expresado abiertamente. En el camino de esta ambición se cruzaban con persianencia los "inmundos y salvajes unitarios", que no dejaban un instante de denunciarlo, estimulando en todas formas el revuelto furor patriótico de los colorados de Rivera.

Suerte varia la de esos años, que la gente pasaba tomando mate, haciendo milongas, escribiendo encendidos panfletos, mándose en las reyertas de pulpería, robando hacienda, y a veces también interviniendo en algunos disimulados encuentros, que la pompa criolla, que hacía de sus cabezallas de montoneros, generales, decoraba con el título de batallas. El final del año 1846 fué aceptablemente calamitoso. Volvió a Montevideo Garibaldi, derrotado en San Antonio. A sus Italianos les dió por armar greca. La miseria lanzaba muchos rostros barbados y sinistros al pillaje y al asesinato. Para poner un poco de orden tuvo que bajar a tierra una compañía de marinería inglesa. Las sanas costumbres británicas — te con leche a las cinco y uso un poco más reflexivo o más útil de la muerte — no consiguieron imponerse. El tiempo no experimentó ninguna mejoría. El 13 de marzo de 1846 pretendió desembarcar el general Rivera, alejado por sus mismos partidarios al Brasil, hacia ya bastante rato. El gobierno, que de tal no tenía más que el nombre, se opuso.

Rivera desembarcó por fin y se puso en campaña. El 4 de abril de ese año, a las once de la mañana, nació Ducasse. A pesar de ciertas tentativas de paz, las hostilidades prosiguieron. Rivera fué cercado, después de sufrir una derrota en el Cerro de las Animas; a Varela lo asesinaron en la calle Misiones, de Montevideo. El barón de Jacubly aprovechaba el entorpecimiento para invadir el Uruguay con tropas brasileñas, por el lado de la frontera de Cuaró.

Ya tenía Ducasse ocho años y la encendida Banda Oriental no llevaba trazas de calmarse. Antes de su partida a París le tocó vivir, entre otros momentos bravos, la revolución que azurró a Güirós, la que echó al viento Flores; otra que se hizo contra el presidente Pereira, encabezada por Díaz, a quien, junto con Freire, Tagle, Eladio Martínez y otros, después de firmar un pacto que les aseguraba la vida, se les ejecutó en las cercanías de Durazno, sin forma alguna de proceso; la de Flores contra Berro, en la que se peleó fuerte, prodiga también en fusilamientos y que se prolongó contra el presidente Aguirre, hasta el triunfo final de Flores.

En 1867 embarcaba Ducasse, con destino a París; se despidió de su patria cuando la guerra contra el Paraguay tenía la mara al Uruguay y sus dos aliados, la Argentina y el Brasil, cuando se le llenaba de espinas el campo que se le había hecho prégano al general Mitre, por obra y gracia de la patética heroidad paraguaya.

Como por una correspondencia mágica — después señalaré otras — en Francia no le tocaron más días; anduvo entre las sangrientas masacres de la Comuna y murió cuando las tropas alemanas avanzaban sobre París. Tal vez esto explique un poco sus extraños, alucinatorios poemas. Vivió rodeado de hombres para los cuales la vida era una costumbre provisoria. Se retuvo, no llegó a mezclarse en la acción, la mancha de sangre de aquellos días se derramó, no obstante, en su alma, se hizo visible en su verbo satánico, despreciaativo, helado, cruel.

Los sueños mágicos, las visiones torturantes dormían en el fondo de la sangre empobrecida de los Ducasse. El padre de Isidoro, los había visto multiplicarse en sus noches, como una condenación, perdido en la selva chaqueña, durante un largo viaje que hiciera para estudiar las civilizaciones pre-colombianas. En la soledad de su bohordilla de París, Isidoro los revivió. Esta es la segunda correspondencia mágica que se registra en su vida.

Lautréamont padecía insomnias. Tenía pocos amigos. Estaba cnsuado por un orgullo que no le servía para nada. Escribía con fiebre. En dos años termina sus "Cantos de Maldoror". Todavía su gusto no se ha fijado y



Ilustraciones de Premiani

extrae su pseudónimo de una de las obras de Sué. Está atormentado por una especie de delirio frío. Por eso imagina al Creador así: "Tenía en la mano el tronco podrido de un hombre muerto, y lo llevaba, alternativamente, de los ojos a la nariz y de la nariz a la boca; una vez en la boca, se adivina lo que hacía. Sus pies se sumergían en un vasto mar de sangre en ebullición, en la superficie del cual se elevaban de pronto, como lombrices solitarias a traves del con-

tenido de una escupidera, dos o tres cabezas prudentes". Y más adelante: "... el Creador, con las dos primeras garras del pie,

a continuación durante las otras horas de su eternidad". Insiste: "... demasiadas posadillas han succionado ávidamente

por U. Petit de Murat

mi garganta, durante las noches y los días"; en otro lugar aún: "... muchos atroces meatormentan, cuando consigo dormirme".

Están inspiradas en una pesadilla estas líneas: "Entonces, de común acuerdo, entre dos aguas, se deslizaron el uno hacia el otro, con una mutua admiración, la hembra del tiburón separando el agua con sus aletas, Maldoror batiendo el oleaje con sus brazos; y retornaron su aliento, en una veneración profunda, cada uno deseoso de contemplar su retrato viviente. Llegados a tres metros de distancia, sin hacer ningún esfuerzo, cayeron bruscamente el uno contra el otro, como dos amantes, y se abrazaron con una dignidad y reconocimiento".

EL BALAZO PIADOSO

Pedro González Castellú

ILUSTRACION DE PARPAGNOLI

CUANDO falleció mi padre, yo terminaba de dar ingreso a la Facultad de Derecho. Durante los años del Nacional había sido un alumno distinguido, clasificado siempre con las mejores notas y muy estimado por mis profesores y compañeros. Por ello, mi padre, tan parco siempre en efusividades, cuando terminó el bachillerato, me hizo el mejor elogio de que era capaz: golpeándome en el hombro me había dicho: "Así me gusta". Yo me puse muy orgulloso con esta demostración, pero más que yo mi madre, la que, tocada por la escena, cuando se retiró mi padre, me apretó contra su pecho, mientras las lágrimas le impedían expresarme todo su gozo. La pobre viejita siempre había tenido una gran debilidad por mí, desde pequeño me consideraba un "niño modelo". Bien es verdad que yo era único hijo y que ella contenía una profunda ternura y ansia de amor, sin otro más que yo en quien volcarla, pues ya he dicho que mi padre era poco afecto a exteriorizaciones sentimentales. Por otra parte, siempre había sido yo muy cariñoso, de buenas condiciones morales, muy sericito y despierto, lo que hacía que, a los vecinos y parientes, no les pareciera exagerado el juicio que de mí tenía formado mi madre.

Cuando papa decidió que debía seguir una carrera y me puso pupilo, ella quedó en el pueblo, empapada en lágrimas. Me despidió como si me fuera a la guerra, y hasta que volví para las vacaciones, creo que no pasó noche sin que, antes de conciliar el sueño recio, no hubiera mi recuerdo con el desconuelo de su llanto. A fin de año, terminados mis primeros exámenes con clasificaciones sobresalientes, me recibí con todos los honores de un vencedor. Orgullosa de mi hazaña, me llevó de visita a las casas de los amigos y parientes, con el solo objeto de demostrarles cómo era yo de inteligente y aprovechado.

En casi todas las materias ha sacado 10 puntos. En Geometría lo felicitaron. ¿Se dan cuenta ustedes? ¡Geometría! ¡Con lo difícil que debe ser esa materia! A ver, Totito, decile a las señoras qué clasificaciones sacaste.

La noche del velorio de papa, en un momento en que los amigos nos dejaron solos, me había dicho, tomándome la cabeza entre sus manos:



—El pobre viejo se ha ido, pero yo no me siento abandonado porque te tengo a ti. Acabas de ingresar a la Facultad y yo sé que seguirás siendo el buen muchacho de siempre y te recibiré de abogado. Mientras estudies yo sabré arreglártelas para que no te falte lo necesario; pero después tú tendrás que ser mi ayuda y mi sostén.

—Mamita, te juro... — comencé a decir, emocionado hasta la angustia.

—No digas nada, me interrumpió; — si yo sé que eres un hijo modelo, hijito mío... — y nos echamos a llorar, un en brazos del otro.

Entré a la Facultad, exuberante de optimismo. Ningún constructor de castillos en el aire tuvo nunca mayor plétera de proyectos que yo. Nadie tampoco más seguro de su propia suficiencia. Mi vieja tenía motivos para enorgullecerse del "hijo modelo". Allí me hice amigo de Madueña y en la pensión conocí al mono Robles, dos buenos muchachos, un poco tarambados, pero que después han seguido siendo decentes, a lo que creo. Madueña, que también acababa de perder al padre, había recibido una discreta fortuna, a la que estaba dando curso con desproporción de flamante heredero. El mono que, por su parte, ya diera cuenta de los pocos pesos que hacía tiempo le tocaban, tenía hecha una buena experiencia de los lugares de diversión, vinculado especialmente a los corrillos teatrales. En aquella época triunfaban las revistas españolas ("La Tierra del Sol", "España de Pandereta", Blanca Pozas, Julia Fons, Penella, Velasco, el roncón Padilla...); por lo que, con la plata del uno y las relaciones del otro, no tardamos los tres en ingresar al mundillo que tanto nos atraía con su rellumbe de trampa y cartón. Confieso que de entrada me enamoré de una corista, bastante esmirriada ella, pretenciosa y guarangota que me tomé el pelo hasta el cansancio; cosa que, por lo demás, no me preocupó nunca, pues quien estaba yo enamorado, no era precisamente de ella, sino de una española mala y garbosa que sólo en mi imaginación existía.

perábamos a nuestros programas y con ellas y las que se agregaban y los "tios golfos" que se nos colaban, nos fuimos a tomar el chocolate a "La Castellana" o a cenar a "La Armonía", cuando no había caso de alguna juerguita, con chatos y cañas, en "La Pastora". Así nos sorprendía la madrugada y, como es natural, a la mañana siguiente no estábamos en disposición de escuchar las latosas exposiciones de nuestros catedráticos; por lo que, dando la espalda al día que nos dejaba entrar por la ventana abierta la patrona, seguíamos en cama, durmiendo y soñando.

A este paso llegaron los exámenes, donde luego de un 2 dafivosamente otorgado por Juan Agustín García, pegué un tropezón estrepitoso ante el serio agua fría de Carlos Octavio Bunge. Como gato escalado, huí del agua fría de Weigel Muñoz y me enfrenté con el desolador balance de un año tirado a la calle. ¿Qué le diría a la vieja, ahora? La verdad le hubiera causado mucho daño; por lo que decidí estudiar fuerte el año próximo, rescatando el tiempo perdido y seguir manteniendo en ella la dulce ilusión con que me adormaba.

No me arrepentí de la mentira, (aunque sí de mi conducta) al contemplar el magnífico espectáculo de su gozo cuando le comuniqué mi nuevo éxito. De su enorme satisfacción deduje cuánto dolor hubiera apretado su corazón si le hubiese dicho la verdad. Y esa noche me la pasé en blanco, jurándome regeneración y dando suelta al loco constructor de castillos.

Pero el año siguiente, apenas pisé Buenos Aires, me tomé de nuevo el vértigo. Aquella misma noche, apenas llegado, fuimos a parar al cabaret de Fritla, donde, después de procurarnos una buena boyachera, me dieron a probar cocaina... No volví a tomarla hasta mucho tiempo después, cuando ya mi desbarbancamiento era completo.

Allí mismo conocí a la Yoya, la que no se despegaría más de mi vida, (por mucho que tantas veces traté de deshacerme de ella), y, por su intermedio, trabé relación con el fiato Carranza, que me llevó al Hipódromo y a las timbas de Avellaneda. Como sucede siempre, comencé con suerte; pero al finalizar el año me encontré lleno de deudas y con los libros intactos.

Por un resto de escrúpulo, al volver con mi vieja, no me atreví a repetirle la fingida creencia de mis éxitos, diciéndole que este año había estudiado un poco flojo, por lo que tenía que darme una materia para marzo. Ella no dijo nada, pero esa noche, al volver tarde a casa, escuché a través de la puerta de su alcoba, sus acongojados suspiros... Estuve a punto de entrar y confe-



sarme de rodillas ante ella y mandar al demonio carrera y compromisos y quedarme para siempre a su lado, trabajando en el campo o lo que fuere...

Pero lo cierto es que volví a Buenos Aires antes de tiempo. La Yoya cada vez se aferraba más a mi debilidad y yo, mareado en el remolino, en vez de reaccionar; iba desprendiéndome, día a día, de todos mis escrúpulos. Acepté dinero ganado en triste comercio. Después se lo exigía. Alguna vez llegué a pegarle, porque traía poco... Pero el alcohol y el juego me miraron tanto que, al último, hundido en la impotencia, era ella quien me castigaba.

El fiato Carranza, para ayudarme, me propuso que levantara quinuelas, de las que él era capitalista. Mi primera entrada a la policía fué por juegos prohibidos. Después tuve otras: entre ellas, por expendedor de alcaldías.

A todo esto mi vieja seguía creyendo que mis estudios marchaban regularmente y como, desde que comencé, ya habían transcurrido cinco años, esperaba verme recibido para diciembre. Precisamente el día del atraco al Banco, había recibido carta suya, esas cartas tan llenas de ternura entre su caligrafía infantil que me sacudían de emoción: "No vea las horas de que termines tus estudios", me decía. "Estoy viejo y pronto he de

morir; pero ruego a Dios que me retarde un poco la hora, para poder gozar la dicha de vivir un par de años en compañía de mi modelo de hijo, ya triunfador". Te agradezco las satisfacciones que me has dado y, ahora que estás ya al término de tu carrera, púedeme confesarte que, si por una fatalidad, hubieras fracasado, echándote a perder como tantos otros, me habría muerto de amargura...

Carranza fué quien me propuso el trabajo, pero yo me resistí hasta que la Yoya intervino y, después de una discusión borrascosa, me obligó a entrar en él. Los detalles del asalto al Banco son bien conocidos y no tengo porque repetirlos; sólo si quiero dejar constancia que fui yo quien se opuso a que lo mataran el sereno. Para eso llevé un poco de cloroformo — (del que me quedaba de una partida que no había terminado de colocar) — y emparapando un pañuelo, le anestesié.

Descubiertos, en mala hora, atiné a refugiarme en la casa paterna. Durante el viaje maduré mi plan... Se imaginaron todos la explosión de alegría de mi pobre vieja, cuando me vio llegar hecho todo un Doctor y hasta candidato a la medalla de oro. Pasó cuatro días en postrada adolorida. Reía y lloraba, recordando el pasado, bendiciendo la vida. Era tan grande su exaltación que, a veces, parecía en delirio. Me tomaba entre sus brazos, sobre sus rodillas, como a un niño pequeño y me mecía, cantando canciones de la infancia.

Yo, mientras tanto, con algunos pesos sobrantes del atraco, compré un revólver.

Aquella mañana, después de haber tomado el chocolate en la cama, que ella me preparaba y servía con delicada solicitud, unos pasos por frente a mi ventana me sobresaltaron en un presentimiento. A medio vestir, me asomé al balcón. En la esquina había dos individuos de características inconfundibles para mí; a mitad de cuadra venía otro, el mismo que había pasado por frente a la ventana. Al verme, los de la esquina, se apresuraron en dirección a casa. No había duda, eran los pesquisas...

Cerré la ventana, terminé de vestirme y, tomando el revólver, me acerqué sigilosamente al cuarto de costura, donde mi madre tejía una "fcharpe". Sus manos ágiles maneaban las agujas con hábil seguridad. De espalda al sitio de donde yo la observaba, pensé que, en ese instante, estaría acariciando en su imaginación, el recuerdo del "hijo modelo". Empuñé el revólver y me acerqué, cuidadosamente, a dos pasos de ella. Un rayito de sol le nimbaba la nuca. Me acordé de su hermosa cabellera rubia, cuando yo era chico, tan suave, tan fina, tan perfumada... Perfumada por sí misma, porque nunca usó esencias artificiales... Una vez, hundiéndome mi cara en la espesura de sus cabellos, me acometió un ansia insólito de llorar y, así, los dejé húmedos de mis lágrimas... Este recuerdo lejano me hizo sonreír. Me aproximé otro paso. Yo estaba tranquilo, la mano firme, sin un temblor. Ella detuvo un poco las agujas y, fijando la vista en un punto lejano, suspiró. Aunque no me era posible verle la cara, sé que sonreía... Si ella entonces hubiera sabido la verdad, la terrible verdad, una congoja infinita la hubiera impregnado el corazón y toda la gloria de su vida, todo el gozo de su alma pura, se habría precipitado en un abismo de dolor más espantoso que la muerte...

Sonó el timbre de la puerta de calle. Eran ellos que me venían a prender. Estré el brazo. Repito que no me temblaba. Apunté a la nuca. Apreté el gatillo... y su venerable cabeza se desplomó sobre el respaldo del sillón, sin un grito, sin una queja, suavemente, mientras un hilo de sangre iba enredándose entre las finas gudejas de sus canas...

Han pasado 15 años. En ninguna de las horas interminables de mi condena; ni cuando el frío de Ushuaia me traspasaba

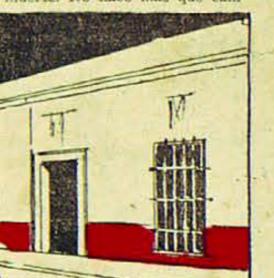


la médula con agujas de hielo; ni cuando los garfios del trabajo forzado me desgarraba los músculos; ni en la soledad de la celda; ni en las noches de espanto en que mis sueños se poblaban de monstruos y, al contemplar el panorama de mi vida rota, los sollozos me estrujaban el pecho; ni cuando las ideas, en mi cerebro, eran carbones encendidos, perforándolo; ni ahora mismo en que, acostumbrado a esta miseria, una gran resignación ha serenado mi espíritu, en ningún instante he sentido remordimiento por haber matado a mi madre. Tengo la convicción absoluta de que, al matarla, hice el mayor bien de mi vida...

He colocado la gracia suave de los cuernos de tres Jovencitas bajo el filo del cuchillo... y el hierro triangular, abatiéndose oblicuamente, cortó tres cabezas que me miraban con dulzura". "Se deben dejar crecer las uñas durante quince días. ¡Oh! ¡Qué dulce es arrancar brutalmente de su lecho a un niño que no tiene nada aún sobre su labio superior, y con los ojos muy abiertos, fingir pasar suavemente la mano sobre su frente, inclinando hacia atrás sus hermosos cabellos. Después, de golpe, en el momento en que él menos lo espera, hundir las largas uñas en su blanco pecho, de modo que no se muera; porque si se muriera no se tendría más tarde el espectáculo de sus sufrimientos. En seguida se bebe la sangre, lamiendo las heridas; y, durante ese tiempo, que debería durar tanto como la eternidad, el niño llora". "Tu venganza no está aún agotada; y ya, esta mujer, a la cual habías atado, con collares de perlas, las piernas y los brazos, de manera de convertirla en un pollero anorfo, a fin de arrastrarla a través de los valles y los caminos, sobre las zarzas y las piedras, ha visto sus huesos cavar de heridas, sus miembros limpiarse por la ley mecánica del frotamiento rotatorio, confundirse en la unidad de la coagulación, y su cuerpo presentar, en lugar de los lineamientos primordiales y las curvas naturales, la apariencia monótona de un solo todo homogéneo que no se parece sino demasiado, por la confusión de sus diversos elementos masacrados, a la masa de un esfera". "Se inclina, y lleva su lengua, saturada de saliva, sobre la mejilla angélica del que arroja miradas suplicantes. Pasa algún tiempo su lengua sobre esa mejilla... ¡Oh!... ¡Ved!... ¡ved!... ¡Ahora la mejilla blanca y rosa se ha vuelto negra como un carbón! exhala miasmas pútridos. Es la gangrena; ya no podemos dudarlo. El mal devorador se extiende sobre todo el rostro, y de allí sobre tu furia sobre las partes bajas; bien pronto todo el cuerpo no es más que una vasta llaga inmundada".

En 1869 están publicados los seis "Cantos de Maldoror". En 1870 hace imprimir unas poesías, que el editor se rehusa, luego a lanzar al mercado. No han sido halladas nunca. Remy de Gourmont, años más tarde, encontró en la biblioteca nacional de París, dos pequeñas plaquettes, con el título de "Poesías", y firmadas Isidore Ducasse, que constituían más bien un conjunto de confesiones estéticas.

En realidad ya ha soñado amarrado del mundo. Está agotado por el pensamiento de la muerte. No hace más que cam-



biar de domicilio, como si atribuyera el horror de sus noches al ambiente que le circundaba. Se detiene, al fin, en el número siete de Faubourg Montmartre. Poco tiempo antes ha tenido esa extraña luzidez, esa plenitud esperanzada con que la creciente muerte alivia la final trayectoria agónica de una vida.

Lautréamont, el fantástico conde de "Cantos de Maldoror", ha sido substituído por el simple Isidore Ducasse, de los días infantiles de Montevideo, como si quisiera volver simbólicamente hacia la ciudad que ya no verá nunca; en una carta dirigida a M. Darasse, el 12 de marzo, dice que "cantar al aburrimiento, los dolores, las tristezas, las melancolías, la muerte, la sombra, lo sombrío, etc., es no querer mirar más que el pueril reverso de las cosas". El se propone, en adelante, "cantar exclusivamente a la esperanza, la calma, la felicidad, el deber".

De su muerte había dicho lo siguiente: "Los ojos en alto, no; se que mi aniquilamiento será total. Por otra parte, no tendré ninguna gracia que esperar. ¿Quién abre la puerta de mi cuarto funerario? Yo había dicho que nadie estrara".

Su deseo, como en una correspondencia mágica con las palabras que acabamos de reproducir, se cumple. Se extingue absolutamente solo. Agoniza toda la noche del 23 de noviembre de 1870. Nadie entra a su cuarto funerario, a excepción de aquellos que son menos que nadie para la intimidad de un hombre; un mozo cualquiera, el dueño del hotelucho, un rago funcionario... Sé legal, a los efectos del acto legal, la posible hora de su muerte. Salda favorcedas las ocho de la mañana.

En estas palabras del acta de defunción, SIN OTROS DATOS, se ha querido ver algo misterioso, algo que tenía atingencia con la policía política del Tercer Imperio, dedicada a suprimir todos los adversarios o sospechosos de oposición. Se ha forzado la hipótesis hasta relacional a Lautréamont con un orador Ducasse, citado por Jules Vallés.

Ya tiene suficiente misterio la vida de Lautréamont. El de sus pesadillas y, finalmente, el recuerdo que se enseña en ocultar hasta las minucias de su vida cotidiana: paseos, ternuras, conversaciones, delicadas memorias de todo existir, son ya bastante para que le inventemos otro.

Blandita y Sonsa



—M'hija...
—Mama?...
—En qué pensás?
—En tantas cosas!... Oh...
—Pa qué apartarías una...
—Pa que si, hija, pa ver si pensabas en lo mismo.
—Pues en Florencia, mamá; en aquel día de hace hoy cinco años... en lo que lo lloré... en lo que sufrí... ¡Tantas cosas pienso!

—M'hija... ¡Vos me querís engañar! Esas no son varias cosas; es una sola.
—Certo, mamá. Pero...
—¿Qué cosas?... Cuando olvidemos eso...
—Cuando pase el tiempo, mamá...
—¿Más entoaavía? ¡Pa que darán almanaque los pulperos!...
—Quedan los espejos, mamá. Dos suspiros; dos ganas de mojar las botas, la noche rodando y rodando y pregunta tras pregunta, poco a poco se van aliviando en palabras de la pena que tienen dentro.

—Mama, ¿y si volviera?
—Yo lo escupo, ¡y vos?
—A lo mejor le hago lo mismo... a lo mejor le abrazo...
—No harás ni lo uno ni lo otro, m'hija. No volverá.

—Escuche, mamá: Florencia está acá...
—No!.. Hija; decime que no es cierto.
—Usted me enseñó a no mentar, mamá.

—Se fueron a dormir fatigadas de tanto borrar conjeturas en torno al regreso del ausente.
—¿A qué vendría? ¡Qué harían ellas si se le presentaba? ¿Qué razones daría de su ida y de su vuelta?

Tantas actitudes ensayaron que el sueño se compadeció de ellas y "las" durmió.

2
Florencia había vuelto; pero no solo. Se trajo al pago un gurí de tres años, que dió mucho que hablar. Paseó con él por todos los ranchos donde dejó amigos. Siempre la misma respuesta: "si es m'hijo".

Más vale lo hubiera llamado. Después de tanto mostrarle había quien preguntaba: "¿Es cierto que Florencia volvió con un hijo mozo?; quien, si con más de uno, y quien comentó: pobre la madre, asegurando que lo mismo que acá había hecho por allá".

Por cientos llegaron los chismes al rancho de la que fue su mujer; y ella, ¡la pobre!, no sabía a quien y qué creer.

Su madre lo creía todo; todo lo que oía y lo que pensaba. ¡Y las cosas que pensaba!
—De otro no puede ser?
—Un hombre que dejó a su mujer mal puede compadecerse de hijos ajenos. "Y si es hijo de verdad, lo criará por no tirarlo".

¿Cómo puede querer a un hijo si no hijo a la mía?
A su hija, en cambio, poco le importaba el gurí. Lindo o feo, negro o rubio, ajeno o propio, le daba lo mismo. Ella se desahogaba por saber si la madre había muerto.

—Maldito hombre ¡pa qué habrás guelto!... —repetía la madre a cada rato, en tanto que su hija al oírlo decía: "Y mamá... pensar es llamar".

Y desde aquel día empezaron a querer desencontrarse para no chocar.

Una halló consuelo en la soledad de la costa y en los trapos sucios. Allí sí que podía gritar: "mi yerno es un indigno", al tiempo que desfogaba su furia apaleando la ropa con el pretexto de blanquearla; y la otra, la más tímida, suavizó sus ganas de hablar con un hombre mirando esas bultas que forman caballo y jinete por los caminos; bultos que para las esperanzas dadas nunca "van" sino que vienen.

—¡Pobrecita! Fué esposa, pero al perder su marido novio, cinco años con el recuerdo. Si no era su mujer, ¡qué podría reprocharle! ¡Preguntarle dónde pasaba las noches?... Habían pasado cinco veces las cuatro estaciones y a razón de 365 noches por año... Ni midiendo en leguas y contado apuradito...
Y consultando a su boca y a su alma, hubiera dejado al campo sin margaritas.

—¿Las nubes le decía: Lo que me daban los perros y se imaginaba sentir: "Ave María Purísima", sin querer le cambiaba el tiempo al verbo. Decía: lo quiero. A los siete días de la primera noticia del regreso de Florencia, Catalina empezó a perder carne; a fuerza de darse por comida con sólo decir: mañana, mañana vendrá.

3
Desde el interior de un rancho nadie sabe quién grita afuera "Ave María Purísima", como tampoco sabe el visitante cómo lo van a tratar en seguida de responderle "Sin pecado concebido; dentro".

No las tenía todas consigo Florencia; pero sabía que la chinita era buena y que su suegra andaba por el campo.

En el patio golpeó las manos y le respondió la boca del rancho enmarcando dos ojos grandes y un pecho jadeante.
Jamás se nombraron tan largos.
—¡Florencia!
—¡Catalina!

Y murieron por varios segundos y se quedaron así, atontados, no atinando siquiera a borrar con tres pasos ese par de metros que los separaba.
—¡Chinita!
—¡Sentate Florencia.

Así, tal cual se sentó Catalina, morían antes los indios y los muesturan ahora.
—Cinco años...
—Cinco años y unos días, Florencia...
—¿Anduve mucho, china...
—Yo he llorado más de lo que vos anduviste.

—¿Que porquería somos los varones...
—Pa algunas. ¡Te golviste a casar por ahí!
—No, pero hice un hijo. ¡Le tenía rabia?

—Ni "a qué venís", ni lágrimas ni sólo de cuando en cuando pocas palabras que decían mucho:
—Tu mamá me va a querer como...

—Y suponete vos, pero, si me aprecias algo aguantala.
—Florencia miraba mucho a su rebenque y Catalina a su dueño. Cinco años lo habían envejecido un poco. Ciento que a él le gustaba mucho andar de noche, pero eso que le blanqueaba en las patillas no podía ser esa esa plata que pierde la luna por aclarar las noches, como tampoco marcas del chambergo, esas rayas que le zureaban la frente.

También Florencia llenaba los silencios con reflexiones: "Debe haber salido poco; está muy pálida..." "De buena que es me recibe..." Y sereno pensando que en la actitud de Catalina parecía estar ausente su madre.
Como a las dos horas apareció un perro y atrás la madre.

Otra hubiera llorado, pero ella no era de esas. Prefirió hablar y ¡Oh las cosas que tuvo que oír el paisano!... Catalina era "una pavota, blandita y zonga", y él "un audaz, mal nacido y peor criado". De ser cierto todo lo que le dijo, Florencia debería estar o varios metros bajo tierra, o pudriendo en un calabozo. Habló mucho y "grueso", y de cuando en vez le cortaba los parlamentos un:
—Si señora, sí...
—No me diga señora, su cochino...
—Mamá!...
—¡Callate vos, infeliz. Decime che alza; ¿a qué venís?
—Que se yo.
—Claro, a lo mejor ese memo "qué se yo" es el que te cortó de aquél hace cinco años. Haelel me pedir antes que jorobe a otra.

por Venancio Montiel

ILUSTRACION DE ROJAS

—Un poco, y otro soñó.
—¿Qué soñó?
—Que tenía un cogote entre las manos y lo torcía como a trapo.

—Mama...
—El sueño es libre ¡Oh!...
Y así uno, dos, varios días con sus una, dos, varias noches.

Una tarde Catalina oyó de labios de Florencia todo el porqué de su conducta anterior, y con esa confesión adentrandu rumiándola todo un día. Luego aprovechó la oportunidad en que su madre lavaba cantando unas mudas en la tina y allá se fué dispuesta a hacérsela conocer.

—¿Güenas tardes, mi mamá querida...
—Sí, sí... Te conozco mascarita. Hablá, que de mientras ja bono te escucho.

—Y fijese mamá que él se fue a pensar de querrame. Lo de siempre; se le atravesó por el camino una mujer que le gustó... y... primero la siguió pa ver ande vivía, y en dispud entró... y... se entretuvo con ella unos días. Cuando le fué a decir que se venía otra vez conmigo, porque yo era su esposa y me quería, ella le dijo: "esperá unos días más. Y un día y otro día... en dispud le la quizo dejar porque iba a ser madre".

—¿Aha...? ¡Y...?
—Y... que cuando ella dió a luz, Florencia se embobó con el gurí, y hoy pensando qué nombre le ponemos, y mañana en qué será cuando grande; y una vez porque dijo "tata" y otra vez porque "gato"...

—¿Aha...? ¡Y...?
—Y... que cuando ella dió a luz, Florencia se embobó con el gurí, y hoy pensando qué nombre le ponemos, y mañana en qué será cuando grande; y una vez porque dijo "tata" y otra vez porque "gato"...

—¿Aha...? ¡Y...?
—Y... que cuando ella dió a luz, Florencia se embobó con el gurí, y hoy pensando qué nombre le ponemos, y mañana en qué será cuando grande; y una vez porque dijo "tata" y otra vez porque "gato"...

—¿Aha...? ¡Y...?
—Y... que cuando ella dió a luz, Florencia se embobó con el gurí, y hoy pensando qué nombre le ponemos, y mañana en qué será cuando grande; y una vez porque dijo "tata" y otra vez porque "gato"...

—¿Aha...? ¡Y...?
—Y... que cuando ella dió a luz, Florencia se embobó con el gurí, y hoy pensando qué nombre le ponemos, y mañana en qué será cuando grande; y una vez porque dijo "tata" y otra vez porque "gato"...

—¿Aha...? ¡Y...?
—Y... que cuando ella dió a luz, Florencia se embobó con el gurí, y hoy pensando qué nombre le ponemos, y mañana en qué será cuando grande; y una vez porque dijo "tata" y otra vez porque "gato"...

—¿Aha...? ¡Y...?
—Y... que cuando ella dió a luz, Florencia se embobó con el gurí, y hoy pensando qué nombre le ponemos, y mañana en qué será cuando grande; y una vez porque dijo "tata" y otra vez porque "gato"...

—¿Aha...? ¡Y...?
—Y... que cuando ella dió a luz, Florencia se embobó con el gurí, y hoy pensando qué nombre le ponemos, y mañana en qué será cuando grande; y una vez porque dijo "tata" y otra vez porque "gato"...

—¿Aha...? ¡Y...?
—Y... que cuando ella dió a luz, Florencia se embobó con el gurí, y hoy pensando qué nombre le ponemos, y mañana en qué será cuando grande; y una vez porque dijo "tata" y otra vez porque "gato"...

—¿Aha...? ¡Y...?
—Y... que cuando ella dió a luz, Florencia se embobó con el gurí, y hoy pensando qué nombre le ponemos, y mañana en qué será cuando grande; y una vez porque dijo "tata" y otra vez porque "gato"...

—¿Aha...? ¡Y...?
—Y... que cuando ella dió a luz, Florencia se embobó con el gurí, y hoy pensando qué nombre le ponemos, y mañana en qué será cuando grande; y una vez porque dijo "tata" y otra vez porque "gato"...

—¿Aha...? ¡Y...?
—Y... que cuando ella dió a luz, Florencia se embobó con el gurí, y hoy pensando qué nombre le ponemos, y mañana en qué será cuando grande; y una vez porque dijo "tata" y otra vez porque "gato"...

—¿Aha...? ¡Y...?
—Y... que cuando ella dió a luz, Florencia se embobó con el gurí, y hoy pensando qué nombre le ponemos, y mañana en qué será cuando grande; y una vez porque dijo "tata" y otra vez porque "gato"...

—¿Aha...? ¡Y...?
—Y... que cuando ella dió a luz, Florencia se embobó con el gurí, y hoy pensando qué nombre le ponemos, y mañana en qué será cuando grande; y una vez porque dijo "tata" y otra vez porque "gato"...

—¿Aha...? ¡Y...?
—Y... que cuando ella dió a luz, Florencia se embobó con el gurí, y hoy pensando qué nombre le ponemos, y mañana en qué será cuando grande; y una vez porque dijo "tata" y otra vez porque "gato"...

—¿Aha...? ¡Y...?
—Y... que cuando ella dió a luz, Florencia se embobó con el gurí, y hoy pensando qué nombre le ponemos, y mañana en qué será cuando grande; y una vez porque dijo "tata" y otra vez porque "gato"...

—¿Aha...? ¡Y...?
—Y... que cuando ella dió a luz, Florencia se embobó con el gurí, y hoy pensando qué nombre le ponemos, y mañana en qué será cuando grande; y una vez porque dijo "tata" y otra vez porque "gato"...

—¿Aha...? ¡Y...?
—Y... que cuando ella dió a luz, Florencia se embobó con el gurí, y hoy pensando qué nombre le ponemos, y mañana en qué será cuando grande; y una vez porque dijo "tata" y otra vez porque "gato"...

—¿Aha...? ¡Y...?
—Y... que cuando ella dió a luz, Florencia se embobó con el gurí, y hoy pensando qué nombre le ponemos, y mañana en qué será cuando grande; y una vez porque dijo "tata" y otra vez porque "gato"...

—¿Aha...? ¡Y...?
—Y... que cuando ella dió a luz, Florencia se embobó con el gurí, y hoy pensando qué nombre le ponemos, y mañana en qué será cuando grande; y una vez porque dijo "tata" y otra vez porque "gato"...

—¿Aha...? ¡Y...?
—Y... que cuando ella dió a luz, Florencia se embobó con el gurí, y hoy pensando qué nombre le ponemos, y mañana en qué será cuando grande; y una vez porque dijo "tata" y otra vez porque "gato"...

—¿Aha...? ¡Y...?
—Y... que cuando ella dió a luz, Florencia se embobó con el gurí, y hoy pensando qué nombre le ponemos, y mañana en qué será cuando grande; y una vez porque dijo "tata" y otra vez porque "gato"...

—¿Aha...? ¡Y...?
—Y... que cuando ella dió a luz, Florencia se embobó con el gurí, y hoy pensando qué nombre le ponemos, y mañana en qué será cuando grande; y una vez porque dijo "tata" y otra vez porque "gato"...

—¿Aha...? ¡Y...?
—Y... que cuando ella dió a luz, Florencia se embobó con el gurí, y hoy pensando qué nombre le ponemos, y mañana en qué será cuando grande; y una vez porque dijo "tata" y otra vez porque "gato"...

—¿Aha...? ¡Y...?
—Y... que cuando ella dió a luz, Florencia se embobó con el gurí, y hoy pensando qué nombre le ponemos, y mañana en qué será cuando grande; y una vez porque dijo "tata" y otra vez porque "gato"...

—¿Aha...? ¡Y...?
—Y... que cuando ella dió a luz, Florencia se embobó con el gurí, y hoy pensando qué nombre le ponemos, y mañana en qué será cuando grande; y una vez porque dijo "tata" y otra vez porque "gato"...

—¿Aha...? ¡Y...?
—Y... que cuando ella dió a luz, Florencia se embobó con el gurí, y hoy pensando qué nombre le ponemos, y mañana en qué será cuando grande; y una vez porque dijo "tata" y otra vez porque "gato"...

—¿Aha...? ¡Y...?
—Y... que cuando ella dió a luz, Florencia se embobó con el gurí, y hoy pensando qué nombre le ponemos, y mañana en qué será cuando grande; y una vez porque dijo "tata" y otra vez porque "gato"...



tado. Florencia cubrió a su hijo con el poncho, lo besó y se pelearon en las curvas y bajos del camino.

—¿Qué le pareció el gurí, mamá?
—¿Y a vos?
—¡Pobrecito! Lindo... mame se miró...
—Si, sí, mal ojo no tenés que digamos... Y como queriendo dar por terminado el comentario, agregó:
—Vos, que yo sepa, nunca anduviste con barriga ni necesitaste partera, pero de puro blandita que sos, dende ya te veo criando.

Razones tuvo la madre para pensar así. Andando el tiempo los hechos parecían empeñados en no desmentirlos. Primero fué sólo Florencia quien se arrojó al rancho con la naturalidad de los andargos que vuelven después que salen a dar una vuelta, larga solamente si se la aprecia en años; después fué éste y su hijo. Ni dió razones del "crío" ni se disculpó diciendo: por esto me fui y tal intención me trae, cierto que nadie se las pidió, que se esposa tembló al tenerlo adelante y que la bata le subía y le bajaba llevada por el temblor de los pechos, pero una cosa se pudo oír: un "carrito", y otra, y muy distinta, es decir "quedate", sobre todo cuando está en juego una actitud como la de Florencia.

—¿Cómo se llama el gurí?
—Como yo, Florencia.
—¿Es sano?
—¡El pobrecito se está criando sin madre!

Aquí la madre tiró los trapos que tenía en las manos y se metió en el rancho.
—¿Cómo era la madre, Florencia?
—Más o menos como vos, china, pero no tan linda. Murió, y qué iba a hacer yo con m'hijo, ¡tirarlo!

—Claro.
Larga fué la visita de esa tarde. Catalina lo acompañó hasta el palenque y le alcanzó el chiquilín cuando aquél hubo mon-

—¿Cómo era la madre, Florencia?
—Más o menos como vos, china, pero no tan linda. Murió, y qué iba a hacer yo con m'hijo, ¡tirarlo!

—Claro.
Larga fué la visita de esa tarde. Catalina lo acompañó hasta el palenque y le alcanzó el chiquilín cuando aquél hubo mon-

—¿Cómo era la madre, Florencia?
—Más o menos como vos, china, pero no tan linda. Murió, y qué iba a hacer yo con m'hijo, ¡tirarlo!

—Claro.
Larga fué la visita de esa tarde. Catalina lo acompañó hasta el palenque y le alcanzó el chiquilín cuando aquél hubo mon-

—¿Cómo era la madre, Florencia?
—Más o menos como vos, china, pero no tan linda. Murió, y qué iba a hacer yo con m'hijo, ¡tirarlo!

—Claro.
Larga fué la visita de esa tarde. Catalina lo acompañó hasta el palenque y le alcanzó el chiquilín cuando aquél hubo mon-

—¿Cómo era la madre, Florencia?
—Más o menos como vos, china, pero no tan linda. Murió, y qué iba a hacer yo con m'hijo, ¡tirarlo!

—Claro.
Larga fué la visita de esa tarde. Catalina lo acompañó hasta el palenque y le alcanzó el chiquilín cuando aquél hubo mon-

—¿Cómo era la madre, Florencia?
—Más o menos como vos, china, pero no tan linda. Murió, y qué iba a hacer yo con m'hijo, ¡tirarlo!

—Claro.
Larga fué la visita de esa tarde. Catalina lo acompañó hasta el palenque y le alcanzó el chiquilín cuando aquél hubo mon-

—¿Cómo era la madre, Florencia?
—Más o menos como vos, china, pero no tan linda. Murió, y qué iba a hacer yo con m'hijo, ¡tirarlo!

—Claro.
Larga fué la visita de esa tarde. Catalina lo acompañó hasta el palenque y le alcanzó el chiquilín cuando aquél hubo mon-

—¿Cómo era la madre, Florencia?
—Más o menos como vos, china, pero no tan linda. Murió, y qué iba a hacer yo con m'hijo, ¡tirarlo!

—Claro.
Larga fué la visita de esa tarde. Catalina lo acompañó hasta el palenque y le alcanzó el chiquilín cuando aquél hubo mon-

—¿Cómo era la madre, Florencia?
—Más o menos como vos, china, pero no tan linda. Murió, y qué iba a hacer yo con m'hijo, ¡tirarlo!

—Claro.
Larga fué la visita de esa tarde. Catalina lo acompañó hasta el palenque y le alcanzó el chiquilín cuando aquél hubo mon-

—¿Cómo era la madre, Florencia?
—Más o menos como vos, china, pero no tan linda. Murió, y qué iba a hacer yo con m'hijo, ¡tirarlo!

—Claro.
Larga fué la visita de esa tarde. Catalina lo acompañó hasta el palenque y le alcanzó el chiquilín cuando aquél hubo mon-

Bibliografía

EUSEBIO GÓMEZ. — *Delincuencia Política Social. — Edic. "La Facultad".*

Un concepto profundamente espiritualizado del derecho penal, informa la obra del profesor Eusebio Gómez. Su alejamiento de las corrientes de opinión de la época, su especial autoridad para abordar serenamente el difícil estudio de la delincuencia política-social. Pertenece a la escuela positivista que dió maestros de talla de Ferri, Lombroso y Laschi. Pero sus dotes de investigador no le permiten encausarse dogmáticamente en rígidos postulados. Sin ampararse por esas dificultades que desanimaron a Carrara, el señor Gómez avanza en su estudio con disciplina metódica. Al cuadro positivo de su estudio agrega una peculiar concepción personal, la que, en último término, le lleva a rechazar la tendencia regresiva del nuevo Código Penal italiano, en tanto que la tesis de la "delictiva" de la peligrosa teoría del jesuita Mariana — Vita et principium apollari posse — cuando habla de los "tiranicidas", expresando que Mariano se equivocó al afirmar que, sin concurrencia de la voluntad ciudadana, de acuerdo al aforismo latino que acabamos de citar, el tirano "puede ser juzgado por el gobierno y hasta de la vida. Es así que declara en la página 72 del libro que nos ocupa: "La muerte violenta de un tirano tendrá carácter político, si su autor, al realizarla, cede a un impulso generoso. La nobleza del móvil, que califica al acto, dándole significado preciso, es el elemento de importancia. Puede excusar al tiranicida; puede fundar la impunidad del tratamiento especial. Pero no puede fundar la impunidad del tiranicida contra una vida humana, por abyección y novicia que sea".

También aporta el profesor Gómez una doctrina substancial de otros delitos políticos, que como la rebelión y la revolución, apasionan todos los ánimos, por haber sido tan frecuentes en el mundo de post-guerra. Asesora el profesor Gómez que la "rebelión" es la "delictiva" de las características de una defensa necesaria que no se funda en prescripciones del derecho positivo; estos hechos, apreciados con criterio objetivo, no son delitos políticos, sino que responden a un motivo político altruista.

Otro capítulo del mayor interés es el cuarto, que estudia al homicida por pasión política. Abundante en documentación histórica muy precisa, contiene, asimismo, un aporte considerables a la psicología penal. Con buen criterio el señor Gómez quiere que el problema sea apreciado en su aspecto humano y social. Sostiene que la apreciación del objetivo no es suficiente. Precisamente este postulado, es el que da valor a su obra. El señor Gómez es un criminalista sociólogo. No cree, con sobrada razón, que la delincuencia en general y muy especialmente la de carácter político pueda ser objeto de un frío encasillamiento. Su libro trascien-

de el deseo de que a la ciencia penal se aplique una fuerte influencia de una profunda, vigilante y atenta delicadeza humana — U. P. de M.

★
VERSOS de Paulo de Magalhães. (Rio de Janeiro, 1933).

Aquí quieren hacerme creer que se llama verso es más bien una superposición muy precisa de láminas fibrosas, que forman un interesante prisma cuadrangular de uso desconocido. Considerado como alimento, deplora no poder silenciar que su falta de principios nitrogenados, de hidratos de carbono y de grasas neutras, conspira decisivamente en contra como para desahogar, como procedimiento, para el criterio geométrico más exigente, es irrepresentable; se extiende con entera conciencia. Como par de zapatos o de guantes, es uno solo; no ha dividido su unidad en estrellas, como el Dios imprudente de Valéry, persuadido (¿también?) de que la realidad tuvo que empezar por astronomía y no por sentimientos o gustos...

Como libro... Desengañado de anteriores empleos, resolvió alejarse. Encontró en Río de Janeiro. Doña Fea tiene un alma tan hermosa que si el alma en el rostro el estampase, mucha gente que la juzga de persona, tal vez entre las más lindas a elásticas, pero también que el mundo prefiere las apariencias en ropa es de brillo resplandeciente y Doña Fea carece de tales respetables atributos. Encontró en la página 22 que Doña Fea tiene el alma tan hermosa que si el alma en el rostro el estampase, mucha gente que la juzga de persona, tal vez entre las más lindas a elásticas, pero también que el mundo prefiere las apariencias en ropa es de brillo resplandeciente y Doña Fea carece de tales respetables atributos. Encontró en la página 22 que Doña Fea tiene el alma tan hermosa que si el alma en el rostro el estampase, mucha gente que la juzga de persona, tal vez entre las más lindas a elásticas, pero también que el mundo prefiere las apariencias en ropa es de brillo resplandeciente y Doña Fea carece de tales respetables atributos.

Encontró en la página 22 que Doña Fea tiene el alma tan hermosa que si el alma en el rostro el estampase, mucha gente que la juzga de persona, tal vez entre las más lindas a elásticas, pero también que el mundo prefiere las apariencias en ropa es de brillo resplandeciente y Doña Fea carece de tales respetables atributos. Encontró en la página 22 que Doña Fea tiene el alma tan hermosa que si el alma en el rostro el estampase, mucha gente que la juzga de persona, tal vez entre las más lindas a elásticas, pero también que el mundo prefiere las apariencias en ropa es de brillo resplandeciente y Doña Fea carece de tales respetables atributos.

Encontró en la página 22 que Doña Fea tiene el alma tan hermosa que si el alma en el rostro el estampase, mucha gente que la juzga de persona, tal vez entre las más lindas a elásticas, pero también que el mundo prefiere las apariencias en ropa es de brillo resplandeciente y Doña Fea carece de tales respetables atributos. Encontró en la página 22 que Doña Fea tiene el alma tan hermosa que si el alma en el rostro el estampase, mucha gente que la juzga de persona, tal vez entre las más lindas a elásticas, pero también que el mundo prefiere las apariencias en ropa es de brillo resplandeciente y Doña Fea carece de tales respetables atributos.

Encontró en la página 22 que Doña Fea tiene el alma tan hermosa que si el alma en el rostro el estampase, mucha gente que la juzga de persona, tal vez entre las más lindas a elásticas, pero también que el mundo prefiere las apariencias en ropa es de brillo resplandeciente y Doña Fea carece de tales respetables atributos. Encontró en la página 22 que Doña Fea tiene el alma tan hermosa que si el alma en el rostro el estampase, mucha gente que la juzga de persona, tal vez entre las más lindas a elásticas, pero también que el mundo prefiere las apariencias en ropa es de brillo resplandeciente y Doña Fea carece de tales respetables atributos.

Encontró en la página 22 que Doña Fea tiene el alma tan hermosa que si el alma en el rostro el estampase, mucha gente que la juzga de persona, tal vez entre las más lindas a elásticas, pero también que el mundo prefiere las apariencias en ropa es de brillo resplandeciente y Doña Fea carece de tales respetables atributos. Encontró en la página 22 que Doña Fea tiene el alma tan hermosa que si el alma en el rostro el estampase, mucha gente que la juzga de persona, tal vez entre las más lindas a elásticas, pero también que el mundo prefiere las apariencias en ropa es de brillo resplandeciente y Doña Fea carece de tales respetables atributos.

Encontró en la página 22 que Doña Fea tiene el alma tan hermosa que si el alma en el rostro el estampase, mucha gente que la juzga de persona, tal vez entre las más lindas a elásticas, pero también que el mundo prefiere las apariencias en ropa es de brillo resplandeciente y Doña Fea carece de tales respetables atributos. Encontró en la página 22 que Doña Fea tiene el alma tan hermosa que si el alma en el rostro el estampase, mucha gente que la juzga de persona, tal vez entre las más lindas a elásticas, pero también que el mundo prefiere las apariencias en ropa es de brillo resplandeciente y Doña Fea carece de tales respetables atributos.

Encontró en la página 22 que Doña Fea tiene el alma tan hermosa que si el alma en el rostro el estampase, mucha gente que la juzga de persona, tal vez entre las más lindas a elásticas, pero también que el mundo prefiere las apariencias en ropa es de brillo resplandeciente y Doña Fea carece de tales respetables atributos. Encontró en la página 22 que Doña Fea tiene el alma tan hermosa que si el alma en el rostro el estampase, mucha gente que la juzga de persona, tal vez entre las más lindas a elásticas, pero también que el mundo prefiere las apariencias en ropa es de brillo resplandeciente y Doña Fea carece de tales respetables atributos.

Encontró en la página 22 que Doña Fea tiene el alma tan hermosa que si el alma en el rostro el estampase, mucha gente que la juzga de persona, tal vez entre las más lindas a elásticas, pero también que el mundo prefiere las apariencias en ropa es de brillo resplandeciente y Doña Fea carece de tales respetables atributos. Encontró en la página 22 que Doña Fea tiene el alma tan hermosa que si el alma en el rostro el estampase, mucha gente que la juzga de persona, tal vez entre las más lindas a elásticas, pero también que el mundo prefiere las apariencias en ropa es de brillo resplandeciente y Doña Fea carece de tales respetables atributos.

Encontró en la página 22 que Doña Fea tiene el alma tan hermosa que si el alma en el rostro el estampase, mucha gente que la juzga de persona, tal vez entre las más lindas a elásticas, pero también que el mundo prefiere las apariencias en ropa es de brillo resplandeciente y Doña Fea carece de tales respetables atributos. Encontró en la página 22 que Doña Fea tiene el alma tan hermosa que si el alma en el rostro el estampase, mucha gente que la juzga de persona, tal vez entre las más lindas a elásticas, pero también que el mundo prefiere las apariencias en ropa es de brillo resplandeciente y Doña Fea carece de tales respetables atributos.

Encontró en la página 22 que Doña Fea tiene el alma tan hermosa que si el alma en el rostro el estampase, mucha gente que la juzga de persona, tal vez entre las más lindas a elásticas, pero también que el mundo prefiere las apariencias en ropa es de brillo resplandeciente y Doña Fea carece de tales respetables atributos. Encontró en la página 22 que Doña Fea tiene el alma tan hermosa que si el alma en el rostro el estampase, mucha gente que la juzga de persona, tal vez entre las más lindas a elásticas, pero también que el mundo prefiere las apariencias en ropa es de brillo resplandeciente y Doña Fea carece de tales respetables atributos.



Nunca oyó tales cosas Catalina; jamás prudenció tanto Florencia, y la madre, ni rezando en su casa, ni yendo hasta la capilla, prometió a la noche un sueño más tranquilo.

La oración sorprendió a las mujeres solas y a Florencia al paso corto de su pingo, camino al pueblo.
Catalina se quedó un rato en la tranquera viéndolo aljarse. Temía acaso que los insultos que le propinó su madre lo voltearan del caballo.
A la hora de la cena sólo un churrasco las unía. Quedó más de la mitad.
—Bendita sea la noche porque oculta la rabia y el llanto! Catalina, desde el catre, boca arriba, busca en el techo del rancho una luz que ensucie la sombra, en tanto su madre bosteza e insulta. Bosteza, insulta... y ronca.
Buenas noches, noche...
4
Buenos días, día.
—Durmió, mamá?

Museo de la Confusión

La revista "Nosotros" en su número doble correspondiente a julio y agosto, por intermedio de su digno colaborador, señor Matyoro Ferrarini, nos pone al corriente de las actividades musicales de los últimos meses. Dice Minorenko:

Alejandro Brailowsky iguala a los más grandes intérpretes de la hora actual (Suzanne Marni, el meridiano de Córdoba, la cleps



Perdón, Padrecito

Alejandra Roubé Janski
ILUSTRACION DE MOLAS

SERAFINA Gubernatowa terminó su número de canto, secretario del escenario, seguida por aplausos precarios.

Los comunistas del Club de los Carpinteros no apreciaban sobremedida los trinos del ex primer premio del Conservatorio de Moscú.

Se mudó de ropa en el corredor, junto al excusado. Doblaba meticulosamente su vestido de escena, cuando un hombre enclenque, con un rostro tan agudo como un lápiz afilado, surgió ante ella.

—Tengo algo muy interesante que proponerle — dijo a la actriz.

—¿Un contrato?

—Mejor que eso. ¿Dónde podemos hablarlo?

—No quiero perder mi último tranvía. Vivo muy lejos, en Plutschina. Acompañeme, y me explicaré su propuesta durante el trayecto.

—Afuera, el frío era intensísimo.

Mientras caminaba a su lado, el desconocido se presentó.

—Soy Victorhugov, autor y empresario. Tenga confianza en mí, y ya no trabajará en los bares y los fondines de puerto a razón de un rublo las tres sesiones. La vengo observando desde hace tiempo. Le garantizo los grandes teatros, tramos memorables, representaciones de 10 rublos cada una. Durante el verano saldremos de Moscú. Organizaré jiras por las provincias. Todas las ciudades de la Unión la aclamarán. Será célebre y rica.

—¿Qué debo hacer para lograr todo eso? — preguntó Serafina.

—Déjese de gorjeos y de romanzas, que ya nadie escucha. Le he preparado un sketch. Es tido. Repartiremos los beneficios, ¡y la fortuna es nuestra!

Cuando llegaron al tranvía, el autor empresario le pidió su domicilio, le entregó un rollo de papel, la ayudó a subir y se alejó rápidamente.

De pie en el estrecho pasillo del vehículo, Serafina deseó llegar cuanto antes a la estrecha bohardilla que el comité de distribución de alojamiento le había asignado.

Hacia tanto frío allí dentro, que la nieve acumulada en sus botas y su tapado, no acababa nunca de derretirse.

Serafina encendió el Primus, poniendo encima una cacerola llena de agua helada, y cuando estuvo caliente, se preparó una taza de té. Luego se quitó el tapado, sus viejos chalecos, los jirones de echarpe que la envolvían, y por fin la camisa estrecha, cortada de su última funda de almohada.

Apareció un instante desnuda, tan delgada como un gato famélico. Castañeteándole los dientes, procedió a una "toilette" sumaria, usando la cacerola a guisa de palanganá, y volvió a ponerse apresuradamente su ropa, con excepción de la camisa, que lavó, sin jabón, con el agua caliente que acababa de usar, y para sus abuliciones. A la mañana siguiente, encontraría la camisa helada, dura, pero al plancharla acabaría por secarse.

Nuevamente vestida, se deslizo bajo las frazadas, a las que había añadido varias capas de diarios, recorrió con los ojos los papeles del autor, empresario, y exclamó, indignada: ¡Nunca!, y dicha su oración, apagó la luz. Cuando su provisión de polvo de arroz se hubo terminado y le volvió a recurrir al polvo dentífico, recordó la propuesta del empresario y volvió a leer el sketch.

—Ante todo — le dijo el autor pocos días más tarde — vamos a tener que cambiar su nombre. Usted comprenderá que Serafina sabe demasiado a cusa, y en cuanto a Gubernatowa... ya no hay gobernadores... Todo eso recuerda a gritos el antiguo régimen. Gracias a la ley de 1932, quien está descontento con su nombre o su apellido, puede cambiárselo a voluntad. Sólo cuesta noventa rublos.

—¿Los Metropolitoff, Diakonoff, Boyarino, Zarow, Romanoff, son ahora Traktoroff, Internaciona- lof, Comunistoff, Sovietoff, Metallwusky, Christobalcolomboff, Karimarkhine, Dinamitoff, etc... Así quedarán borrados para siempre los rastros de un pasado odioso, y nuestros hijos y nietos ignorarán siempre que hubo al-



guna vez sacerdotes, propietarios y burgueses. Pero son las mujeres las que mayor entusiasmo demuestran con la nueva ley. Mi hermana ha cambiado ya 3 veces de nombre. Se llamaba Tecla, y pagó noventa rublos para que registraran su estado civil con el nombre de Lakmé. Luego, Butterfly la sedujo, y pagó por segunda vez. Ahora sueña con llamarse Tosca, pero como no tiene un miserable kopek, se queda muchas veces en ayunas para reunir la suma necesaria.

Esta pequeña operación reporta al gobierno pingües ganancias, pues toda la Unión, del Norte al Sur, del Este al Oeste, se ocupa casi exclusivamente en buscarse algún nombre bonito, original y vistoso. Yo mismo he adoptado el de Victorhugov, excelente apellido para un autor. Por lo menos, suena mejor que Kaufman.

Por lo tanto, vamos a buscarle otro nombre... ¿Qué le parece Lenina Comunarowa? Magnífico, ¿verdad? Pagaré ciento veinte rublos. Para un artista profesional, el cambio de estado civil sólo cuesta sesenta y un rublos por nombre. Usted me los devolverá cuando la fortuna empiece a crecerle... interés diez por ciento. Como ve, no es caro.

Escuche la música de estas palabras, y figúrese este afiche:

NUESTRA GRAN ARTISTA NACIONAL LENINA COMUNAROWA

Usted, tan fina, de andar tan aristocrático, de talle tan menudito... ¿Qué contraste!

Se Casó

ES NOTORIO que la secta de los Mormones que se encuentra en Utah, en Norte América, profesa la poligamia.

He aquí un curioso episodio, ocurrido hace poco tiempo.

El señor Erlington, joven neófito, había sido recibido en una familia compuesta de cuatro hermanas, de su madre, viuda, de la mañana siguiente, encontraría la camisa helada, dura, pero al plancharla acabaría por secarse.

Nuevamente vestida, se deslizo bajo las frazadas, a las que había añadido varias capas de diarios, recorrió con los ojos los papeles del autor, empresario, y exclamó, indignada: ¡Nunca!, y dicha su oración, apagó la luz. Cuando su provisión de polvo de arroz se hubo terminado y le volvió a recurrir al polvo dentífico, recordó la propuesta del empresario y volvió a leer el sketch.

—Ante todo — le dijo el autor pocos días más tarde — vamos a tener que cambiar su nombre. Usted comprenderá que Serafina sabe demasiado a cusa, y en cuanto a Gubernatowa... ya no hay gobernadores... Todo eso recuerda a gritos el antiguo régimen. Gracias a la ley de 1932, quien está descontento con su nombre o su apellido, puede cambiárselo a voluntad. Sólo cuesta noventa rublos.

—¿Los Metropolitoff, Diakonoff, Boyarino, Zarow, Romanoff, son ahora Traktoroff, Internaciona- lof, Comunistoff, Sovietoff, Metallwusky, Christobalcolomboff, Karimarkhine, Dinamitoff, etc... Así quedarán borrados para siempre los rastros de un pasado odioso, y nuestros hijos y nietos ignorarán siempre que hubo al-

Ilustraciones de Rodríguez

cabellos revueltos, que caían en largos rizos sobre sus frágiles hombros.

La prisionera se lanzaba contra la puerta de hierro, golpeándola con sus puños minúsculos; luego, desesperada y exhausta, entonaba con voz angelical una conmovedora canción, en la que suplicaba a sus invisibles carceleros que le devolvieran la libertad.

Terminada la canción, aparecía el verdugo para anunciarle, con voz ominosa, que al rayar el alba, sería ejecutada.

La artista se arastraba por el piso, trémula de terror, arrojando en torno suyo miradas de demente, y en sus grandes ojos brillaban lágrimas verdaderas.

Algunos campesinos, espectadores novicios, se alzaban de su lugar para gritarle:

—¡No temas; estamos aquí!

Había que contenerlos.

De pronto, la mujer advertió los iconos. Bajo el proyector, velase su rostro iluminarse con un rayo de esperanza.

De hinojos, ante las santas imágenes, pronunciaba esta patética oración.

—¡Salvadme, vosotros en quienes tengo fe! ¡Vosotros, a quienes he rogado durante toda mi vida! ¡Cumplid un milagro. ¡Bien sabéis que soy inocente!

El público, jadeante, aguardaba con ella alguna intervención ultraterrenal.

Pero los iconos seguían impertérritos.

Por fin Lenina se rebelaba. Incorporándose, increpaba a los iconos y los cubría de insultos.

—¡No sois sino muñecos de madera sin alma, fetiches inventados para engañar a los ignorantes! ¡Si existís, mostrad vuestro poder! ¡Pues, que os maldigo, ¡que los rayos de vuestra indignación caigan sobre mí!

Derribada por las imágenes y, en actitud desafiante, esperaba el castigo divino.

Pero nada sucedía. Entonces sacudía su cuerpo una risa sarcástica, su ira y su desprecio iban en aumento, y renegaba por último de su fe, hollando bajo sus pies las imágenes santas.

En ese mismo momento se elevaba de entre los bastidores un estrépito de granadas y de ametralladoras, y las notas viriles de un canto revolucionario rasgaban el espacio. Los vencedores comunistas abrían la puerta de la celda. Comunarowa se apoderaba de la tela roja que adornaba los altares, y blandiéndola como una bandera, se lanzaba hacia los salvadores, cantando un himno por su liberación de todos los prejuicios religiosos.

El público parecía presa del delirio, y los aplausos atronadores hacían vacilar el teatro.

—¡Bravo! ¡Eres nuestra mejor intérprete! — gritaban los espectadores — ¡Eres sincera! ¡No mientes! ¡Expresas como nadie nuestros propios sentimientos!

Una muchedumbre de admiradores aguardaba su salida. A falta de flores y de brillantes, los proletarios compraban en el buffet, quien un pastel, quien una manzana, que le ofrecían con manos temblorosas.

Serafina volvía a su alojamiento rendida. Desde que interpretaba un sketch de propaganda, el "jilem" le había asignado una serie de hermosas habitaciones en la casa Bahruchin, donde disfrutaba de un sillón, un mullida cama, una alfombra y calefacción central.

Sobre el tocador podían verse medias de seda, frascos de perfume y cajas de bombones de varios tamaños.

Se sentaba ante su mesa con adornos de bronce, copia copiosamente, se desnudaba, poniéndose un largo camisón, y luego, abriendo un cajón secreto, sacaba de él un viejo icono, ante el que se posternaba repetidas veces, y después de persignarse devotamente, decía:

—¡Dios mío! ¡Virgen santa y todos los Santos! ¡Creeo en vosotros. Soy siempre vuestra humilde servidora. Allí, no es sino teatro. Todo eso es mentira. ¡Apíadate de mí! ¡He soportado tantas miserias! ¡Y tener que empolvarme con polvo dentífico... ¡pues ya era demasiado! ¡Padrecito, si! ¡áffeeses, mujer, me comprenderás...! ¡Perdón, padrecito!

truncaron los comentarios, y al instante se escuchaba en toda la ribera la voz despierta y autoritaria de Antonio Peña, el encargado de la descarga.

—¡Vamos, vamos, arriba! ¡No han sentido la campana? ¡Hay que moverse hoy! Nada de mezquinarse a los baldes y a las palas; ¡Meta carbon afuera, sin ascot! — y empezó a distribuir la gente. Vos, Canario, con el Rumbo y Vigo, vayan al corredor de proa. Peligroso y Luigin a los guinchos. Tú, Juan, de ganaga. Chicho, Miquele, Petenera y

Carbón Recalentado

EN primera andana, frente a la Barraca Cory Brothers y Cia, amarraba aquella mañana de febrero, el "Canadian Transport". Completamente escorado a estribor y envuelta la maza de su casco, la arboladura y la rojiza chimenea en una espesa cortina de humo. Los obreros, mientras aguardaban el momento de iniciar las tareas, hacían comentarios poco halagüeños.

—Hoy bailamos a bordo — dijo Petenera — un andaluz pequeño, picado de viruela. — Y no porque me asuste el trabajo. ¡Vaya una changa! Marditan sean too los barcos que vienen con la bodega incendiada... — Y que quieres, — respondió Rumbó — que te lleven el jornal a tu casa? ¡Joróbese, amigo! ¡Quién le manda nacer pobre!

—¡Dios bendito! Nos vamos a achicharrar! ¡Qué mala suerte! Estamos un mes sin pescar nada y el primer vapor que nos toca, ¡zas!, Miren cómo viene echando humo por todos lados.

—¡Eh, Ramirez! — le respondió Barqueta. — No sería nada eso; lo peor es la bestia que tenemos de capataz; ¡hay que verlo cómo se interesa por la descarga. ¡Cristo, ni que fuese el gerente!

—Como si el día que ya no sirva no le fueran a dar una patada como a cualquiera de nosotros — terminó Quebracho. Las campanas y los pitos



ficultad, a cada golpe de pico, saltó, y elevando sus melancólicos ojos, ennegrecidos por el polvo, murmuró:

—¡Dio mío! ¡Sangre de Santo Nico Benedetto! ¡Per qué tanto sufrir!

—Oye, Miquele, pídele a Dío que en lo sucesivo hunda en la mar a too los barcos carboneros.

—¡Eh, no! ¡Per qué? — replicó Barqueta. — También los

marineros son hijos de madre como nosotros, e non se orvide, que el pan de lo nuestro lo ganamo aquí.

Hasta la oscura bodega llegaba la voz del capataz, con su proverbial brutalidad:

—¡Cómo no se van a desmayar esos flojones! ¡Si vienen a trabajar con la panza vacía! ¡Ya advertí que el que no aguante, que no baje.

—¡Eh, no! — respondió Chicho. — ¡E a lo fillo, qué le damos de comer?

—¡Qué hijo ni qué hijo! Ustedes no comen por hacer economía; quieren mandar plata a la Italia.

—Vea... este... tiene razón Chicho — agregó Ramirez — los seis obligan, el que no tiene seis, tiene siete...

—¡Si, es lo que digo siempre: son como conejos los infelices para largar desgraciados.

Peña remató con estas últimas palabras perdiéndose entre la polvareda del carbón, junto a la bodega cinco.

Barqueta y Petenera, semidesnudos y chorreado sudor, llevaban agotado el cuarto o quinto porrón de agua; aquél, ya poco con dificultad, sintiendo que le faltaba la respiración.

—¡Eh, no! ¡Per qué? — replicó Barqueta. — También los

—¡Como arde el condeno ese! — dijo aquél. — Van a tener que inundar las bodegas. Se volvió hacia el cajón en que yacía Barqueta, y dirigiéndose nuevamente a Ramirez, agregó: — Pienso que el finado me dijo en aquella ocasión: "Eh, compañero, el pan de lo nuestro lo ganamo aquí".

—¡Si, — murmuró Ramirez — el pan se gana en los barcos y también la fosa...



El dragón abominable de la Escritura es enroscado como el mar y es un emblema del pecado y la muerte; el dragón chino es una respetada y benévola divinidad del aire, aunque las fauces tornasoladas exhalan fuego y carezca de alas el cuerpo; el resaca dragón de los turcomanos arma su habitación en los cauces duros de arena o repecha los cerros pedregosos en busca de la humedad de las nubes. El dragón de las imaginaciones germánicas es distinto: es el insomne celador subterráneo de un tesoro escondido. No lo posee ni lo aprovecha; lo guarda. Ese empleo es tradicional: en la Gesta de Beowulf — que corresponde al año setecientos de nuestra era — el dragón es siempre apodado el guardián del tesoro, así como la batalla es el juego de las espadas y el mar es el canino de las velas o

el sendero del cisne. El dragón viene a ser un condenado, una especie de espíritu elemental vinculado a una pila de metales que de nada le sirve, ni siquiera de argumento para esperanzas — ya que no puede concebir el valor del número, ni menos material y más abstracto de todos los valores. El dragón, en la cueva que es su cárcel, vigila noche y día el tesoro. Ignora el sueño, como lo ignoran los ardientes huéspedes del infierno, cuyos párpados maldiceidos nunca se abaten sobre los miserables ojos. Vigila esas monedas inexplicables y esos duros colares que apreta y no vislumbra en la oscuridad. Alguna vez sólo se trata de esperar unos siglos — el predestinado acero del héroe — Sigurd o San Jorge o Tristán — penetrará en la sordida cueva y lo acometerá, lo herirá de muerte y lo salvará.

El Dragón

(Antiguos mitos germánicos)